

Un egregio peruano: Víctor Andrés Belaunde

Jorge ANDUJAR

El 14 de diciembre de 1966 — un día antes que cumpliera los 83 años — falleció en Nueva York don Víctor Andrés Belaunde (1883-1966), uno de los más destacados intelectuales hispanoamericanos. Belaunde por la fecha de su nacimiento pertenece a la Generación del 900, aquella de ilustres intelectuales peruanos nacidos después de la Guerra del Pacífico que rindieron sus primeros frutos a la par del nacimiento del presente siglo. Esta generación, sin lugar a dudas, es una de las más brillantes de la historia nacional. A guisa de simple ilustración mencionaremos algunos de sus miembros más conspicuos: En la arqueología Julio C. Tello; en la poesía José Gálvez; en el cuento Ventura García Calderón; en historia José de la Riva Agüero; en el periodismo de ideas Fernán Cisneros, en la divulgación científica RACSO. Víctor Andrés Belaunde — el último de los novecentistas — se yergue por derecho propio como uno de sus líderes natos por su notable contribución en el campo de la sociología, la historia y el derecho, como extensión de este último, la diplomacia.

De Víctor Andrés Belaunde habría que decir algo similar a lo que él afirmara respecto a Hipó-

lito Unanue: "Reúne las dos grandes cualidades del estadista y del intelectual: La posesión de una vasta cultura general y un hondo amor a la tierra". Hombre que sabía conjugar en la existencia y ejemplo de su vida una sólida formación filosófica y un vivo sentimiento cristiano o síntesis viviente. Su profunda fe religiosa encontrábase más persuasiva e íntima que el de su amigo Riva Agüero quien algunas veces profesara un catolicismo tronitor y expansivo. Como Belaunde apunta en sus Memorias, luego de una etapa de positivismo en su juventud, encontró en San Agustín, Pascal y Spinoza el sustento de su fe cristiana. Así, Belaunde hallábase lejos del ilustrado agnosticismo de su amigo y paisano Francisco García Calderón.

El estilo de VAB en sus obras escritas acaso no supere a muchos de sus coetáneos. Chirinos Soto ha dicho que para Víctor Andrés, como para Ortega y Gasset, las palabras no valían por sí mismas sino en cuanto fuesen logaritmos de conceptos, es decir como signos de valores, nunca como valores. El alma de Belaunde cuya emoción estética se traducía en el gusto por el arte de la pintura y la música clásica, no comparte el conocido

juicio de Rubén Darío sobre la posibilidad de la belleza de la palabra. El príncipe de los poetas afirmaba que hay una música ideal como hay una música verbal; en el principio está la palabra antes que la idea como única representación. No simplemente como signo, puesto que antes no hay nada que representar: El Verbum erat deum. (Jorge Luis Borges en su poema El Golem toma la idea: Si como el griego afirma en el Cratilo/ el nombre es arquetipo de la cosa/ en las letras de rosa está la rosa / y todo el Nilo en la palabra Nilo).

Sus biógrafos y amigos le reconocen su innata sencillez y alegría en sus relaciones humanas. Además, sostienen acertadamente que VAB se hallaba en su ser máximo y pletórico en la oratoria. Francisco García Calderón lo describe como uno de los primeros oradores latinos. Su señal más característica es la elocuencia de su verbo. Esta cualidad unida a su amplia cultura y seriedad como constitucionalista se despliega en sus intervenciones en la Constituyente que sancionara la carta de 1933 y que recoge su libro "Discursos en la Asamblea Constituyente 1931-1933" prologado por Riva Agüero.

Si dentro de la vastedad de su aporte intelectual tendríamos que ubicar algún común denominador, éste seguramente sería el noble sentimiento de Patria. Belaunde sintió y definió la peruanidad. Así "Peruanidad" es el título de una de sus más significativas obras cuya versión definitiva data de 1957. El mensaje de peruanidad se sustenta en la afirmación de la unidad nacional que implica fusión y mestizaje. A partir de la comprensión de esta emoción telúrica se entiende mejor la especulación filosófica, sus estudios históricos, sus planteamientos sociales, y su actividad en los grandes debates de ideas.

Por su talento, capacidad y tolerancia fue elegido en 1959, mediante votación unánime de 81 países, como Presidente de la Asamblea General de las Naciones Unidas, organismo al cual contribuyó a forjar suscribiendo el Acta de Fundación en San Francisco el año de 1945. La muerte física lo encontró precisamente, en Nueva York, cuando presidía la delegación peruana ante la ONU.

A Víctor Andrés Belaunde le debemos los más sólidos alegatos sobre los inalienables derechos territoriales del Perú en sus fronteras internacio-

nales. Sólo en lo que respecta al vecino del norte y en el marco de las Conferencias de Washington de setiembre a julio de 1937 redactó "La Constitución inicial del Perú ante el Derecho Internacional" en la que con irrefutable doctrina jurídica e histórica desmenuza el proceso de gestación de la nación peruana y la ecuatoriana y concluye en la justicia y legalidad de la posición nacional. Cabe destacar que este valioso ensayo es anterior al Protocolo de Río de Janeiro de 1942.

Los temas de derecho internacional y de fronteras no eran nuevos para Belaunde. Ya en 1903, a los veinte años, cuando aún estudiaba en San Marcos, se hallaba trabajando en el Archivo de Límites del Ministerio de Relaciones Exteriores, bajo la dirección de don Víctor Maúrtua. •

El solo aporte de VAB como brillante y cultísimo diplomático — carrera a la que calificó como fundamental en su vida y que desde luego no es la única contribución — constituye título por demás suficiente y pleno para honrar la memoria de este ilustre peruano, que en su longeva y fructífera existencia mantuvo siempre el frescor, la dulzura y la rectitud de su juventud.